

LA ESPERANZA DEL ALMA

JOHN KUMARA

**LA ESPERANZA
DEL ALMA**

Autor: © Antonio Jorques

Pseudónimo: © John Kumara

Título: La Esperanza del Alma

Isbn: 978-84-09-31946-6

Deposito legal: GR: 914-2021

Auto editor: Antonio Jorques © (Summum Books)

Copyright © John Kumara

Editor: © Summum Books

Diseño de cubierta: Antonio Jorques (John Kumara)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización.

El Ritual de la Ascensión es una de las experiencias más inauditas e insólitas que le pueda pasar al ser humano. Sin embargo, dicha experiencia es inherente a toda alma viviente, tras la transmutación de un considerable karma.

John Kumara

Espiritualmente hablando, el Ritual de la Ascensión, es para el ser humano, la esperanza del alma, a la vida eterna...

John Kumara

Busqué la vida real, y nunca supe de ella, hasta que seguí buscándola en mi corazón y en mi alma... Finalmente, me encontré místicamente con la fe, el amor divino y con la esperanza del alma.

John Kumara

El sentido de vivir no te pertenece, sólo eres dueño de tu libre albedrio, no confundas la moralidad, con la cruel libertad... Mírate, analízate y conciénciate...

John Kumara

Las sombras que no lloran entristecen, pero los soles que no sonrién te llevarán a la locura.

John Kumara

Si sientes la sencillez de las cosas,
obtendrás el amor de la humildad...

John Kumara

Si no sientes las vibraciones del alma,
es como no sentir la propia conciencia.

John
Kumara

1

La tarde había dado paso a la puesta de sol. La noche no tardó en llegar y el frío dio un giro de tuerca.

Richard Berger vivía en la miseria, deambulaba por unos lóbregos y húmedos callejones de Nueva York, tirando de un carrito de compra metálico y repleto de cartones, bolsas de desechos de comida y ropa mal oliente.

Acababa de cumplir los cuarenta y cinco años y denotaba una clara falta de higiene. Sus cabellos desaliñados, pegajosos y su vestimenta sucia y pestilente le delataban un aspecto de mendigo. Nadie diría, por su apariencia, que apenas un año antes hubiese sido un hombre atractivo, encantador, de mirada penetrante, alto, ojos marrones y una frondosa cabellera de color castaño. Él era oriundo de Australia, pero a los treinta años, tras morir sus padres en un fatídico accidente de tráfico, se vino solo a vivir a América.

Doce años después conoció a la mujer de su vida, Nicole Dexter, de cuarenta años, con la que había convivido dos largos y dichosos años como pareja de hecho.

Ambos tenían madera de fieles cristianos, pero no eran practicantes de la vida parroquial, ni estaban en contra de ella. Realizaban sus rezos y decretos con fervor en la intimidad del hogar, la fe en Dios era inquebrantable. Sin embargo ella, de siempre, fue más espiritual que él. Creían en la reencarnación y eran lectores de temas esotéricos y místicos. Corazones llenos de esperanza en la vida del más allá.

Kármicamente eran dos almas evolucionadas, bastante felices y, hasta que se truncó la vida, ambos comentaban a veces esa posibilidad de ser almas gemelas. No obstante ignoraban que, en

esta última encarnación y tras la llamada muerte, estaban predestinados en el seno y en el proyecto de Dios, a vivir eternamente en el otro mundo de Luz espiritual, tras el Ritual de la Ascensión. Sin embargo, el destino de la vida se les había truncado y las desdichas lo estaban desequilibrando mentalmente.

Ahora, Richard, llevaba tirado en la calle unos diez meses, desquiciado de la vida, desde que Nicole muriera de muerte natural. No había evidencias de que ella padeciera ninguna enfermedad y menos degenerativa. Desde entonces, Richard venía sufriendo un bajón anímico que rozaba entre la aflicción y el desánimo, hasta que se hundió en una depresión y dejó de trabajar en su profesión de camarero. Tras dichas circunstancias se quedó parado y tiempo después dejó de pagar el alquiler y se vio obligado a abandonar el piso y a vivir de la mendicidad.

Cada día, y a pesar del paso del tiempo, seguía acordándose de Nicole, y se negaba a seguir viviendo y más de la manera que venía haciéndolo. A menudo mascullaba frases melancólicas que rozaban la perturbación mental, entre lágrimas en los ojos.

—¡Oh, Nicole, amor mío, porque te has ido tan joven de este mundo, por qué! —exclamó fuera de sí—. ¡Mira la ruina que llevo a cuestas desde que te fuiste! He dejado de trabajar y no tengo ni para comer dignamente... Pido y recojo los restos de comida de los contenedores de basura. Menos mal que no fumo ni pruebo las drogas ni el alcohol para olvidar, de lo contrario mi físico estaría mucho más estropeado de lo que ya está... De una cosa estoy seguro a día de hoy y es que, todo el sufrimiento que soporto y sobrellevo a cuestas por el paso de los días, es en realidad mí alma, y no el cuerpo físico, quien lo sufre...

Lanzó un profundo suspiro de impotencia:

«¡Soy tan desgraciado que quiero morir cuanto antes, pero cómo voy a irme tan joven, por Dios! —se decía Richard en contradicción y al borde de la locura—. Ya no importa si me ahogo en el mar, cortarme las venas o tirarme bajo las ruedas de un autobús en marcha».

Se detuvo y, tras mirar a un lado y a otro de la penumbrosa calle, percibió que estaba tranquila. Se dispuso a sacar del carrito unos cartones y unas mantas para preparar la cama y pasar la noche. Tenía la costumbre de acostarse con lo puesto, por dos razones: la primera por no pasar tanto frío, y la segunda por si tenía que salir corriendo, en caso de que intentaran robarle. Sacó una barra de chocolate, rompió unos trozos y se los llevó a la boca y los masticó lentamente. El chocolate le daba calor corporal para afrontar la gélida noche a la intemperie. Se tendió sobre los cartones y se arropó. Al cabo de un rato dormía plácidamente.

A los primeros rayos de luz del día siguiente, Richard despertó con el rostro destemplado y con un punzante dolor de cabeza, a consecuencia de haber estado sometido a tantas horas nocturnas con la húmeda frialdad.

—¡Oh, mi cabeza, cómo me martillea! ¡Qué dolor tan insoportable...! —se quejó lastimeramente tras llevarse la palma de la mano a la frente. —Después continuó—. ¡Se acabó, voy a cortar de raíz este sin vivir quitándome de en medio! Si tuviera una pistola me pegaba un tiro ahora mismo y me despachaba de una puñetera vez este martirio de sufrimiento... Una muerte rápida es lo suyo y para ello qué mejor que tirarme a las vías del metro...

Tras permanecer taciturno unos instantes, se limitó a recoger las mantas y los cartones de la cama ambulante y los remitió en el carrito.

—¡Ah, ya está! Me llevo hasta las vías del metro y me reúno con ella... —masculló con una expresión de desolación en los ojos, al tiempo que abandonaba el carrito y se encaminaba en busca de la entrada de metro más próxima.

Momentos después se introducía por el acceso y descendía por las vertiginosas escaleras.

—Sí, quiero reunirme con mi querida Nicole cuanto antes —volvió a mascullar, una y otra vez, con cierta amargura de desesperación—. Ya está, esta vida es insoportable, no aguanto más vivir así, sin ella...

En ese instante una silueta, difuminada, de una tenue luz, comenzó a manifestarse frente a Richard. Era el espíritu de su novia, Nicole, ataviada con una túnica blanca sin costuras y de inusitada brillantez. Alzó el brazo y lo atajó en un tono afectuoso:

—Detente, no intentes suicidarte, no lo hagas, te lo ruego, por favor...

Nicole, tras la llamada muerte, se había convertido en una Maestra Ascendida. Su belleza era indescriptible y aparentaba unos veinticinco años, quince menos de cuando murió. De figura esbelta y pelo largo castaño, sus ojos marrones oscuros, antes del Ritual de la Ascensión, ahora se habían vuelto del color del cuarzo amatista.

Richard se quedó estupefacto unos instantes, tras ver el espectro de su novia. Sacudió varias veces la cabeza no dando crédito a sus ojos. Se llevó las palmas de las manos al rostro y luego, tras mirarla fijamente, farfulló:

—¡Pero, eres... tú, Nicole...! ¡Has vuelto del mundo de los espíritus! ¿No es así?

Ella hizo un lento gesto de asentimiento. «De momento no debo ponerle en conocimiento de que soy una Maestra Ascendida, se lo explicaré luego, de lo contrario no lo entendería; ahora seguro que no lo comprende», se dijo ella.

—¡Dios mío! ¡Pero si eres tú...! ¡Pero tus ojos son distintos...!
—baluceó mientras la miraba y le acariciaba su vaporosa cara con una expresión de auténtico desconcierto—. Te veo tan distinta..., más joven y etérica...

—Sí, soy yo... —dijo al fin en voz baja—. He venido, más que a decirte, a advertirte y a aconsejarte que no hagas nada de lo que pudieras arrepentirte... Así que desiste de tal pretensión... Richard permaneció en silencio observándola, con la mirada triste, unos segundos. Finalmente inquirió intrigado:

—¿Qué quieres de mí, Nicole? ¿Por qué tu aparición de nuevo en la Tierra, eh...?

—En primer lugar, porque mi nombre está en tu boca y en tu conciencia en cada momento del día, ¿o no es cierto? —dijo ella en tono mesurado y luego continuó—: Y en segundo lugar,

porque los espíritus también sufren cuando ven a sus familiares sufrir, y más aún si no se les deja tranquilos.

—Ya, esto último, en cierto modo, lo presentía pero no estaba del todo seguro... —repuso él, tras fruncir los labios. Ambos se miraron observándose en silencio unos instantes. —Bueno, entre otros motivos —prosiguió ella—, también he vuelto para frenar tu obsesiva y negativa idea del suicidio. —Hizo una breve pausa y añadió—: Tu corazón está destrozado y tu alma está desquiciada en medio de un torbellino de penas y tormentos... Debes desistir de la idea de quitarte la vida...

—¿Y por qué...? Si es la única manera de cortar el sufrimiento de raíz —se apresuró a decir él—. Si tú supieras la pesada y cruel cruz que llevo auestas, no sólo lo entenderías, sino que también acabarías dándome la razón.

Nicole sacudió la cabeza y, tras mirarlo fijamente unos instantes, dijo:

—Mira, amor mío, yo lo entiendo, pero no lo comparto espiritualmente. Eras un hombre de fe y de esperanza en Dios... ¿Acaso ya no te acuerdas de decretar a Dios tal como te enseñé..., y que practicábamos juntos...? ¿Y acaso ya no sigues los consejos que te di respecto a no dejarte llevar por el Yo Inferior Externo, sino por el Yo Superior Interno, eh? Saca fuerzas de flaqueza y afronta la vida tal como venga, con un esfuerzo de sacrificio.

Richard frunció los labios y se emocionó. Luego declaró con franqueza:

—La fe en Dios todavía anida, aunque algo más mermada, en mi corazón y conciencia, pero la esperanza la he perdido... Vivo hastiado de la vida en una permanente aflicción, y yo así, de esta forma tan indigna, no deseo seguir viviendo, Nicole. Estoy solo en este inhóspito mundo y encima no me quito de la cabeza tu rostro y tu nombre... Últimamente actúo y me dejo llevar más por el Yo Externo que por el Yo Superior... Tampoco decreto ni rezo a Dios, tal como lo veníamos haciendo juntos, antes de que te fueras.

—Eso se comprende, teniendo en cuenta las circunstancias —le dijo ella en un tono reposado, al tiempo que lo miraba

cariñosamente—, no obstante, debo advertirte antes de que tomes una decisión errónea, que eres un ser de elevada espiritualidad. —Hizo una leve pausa y añadió—: Tu alma es muy grande en este mundo, sin embargo, ignoras todo lo concerniente a tu elevada espiritualidad.

Richard sacudió la cabeza y le replicó:

—No me entretengas ni consueles con tantas palabras piadosas...

Ella sacudió la cabeza.

—Mira, tú siempre has sido consecuente con la ley causa y efecto del karma, ahora bien, si te quieres suicidar adelante...

—le dijo ella severamente—. Tienes el libre albedrío, pero antes de nada escucha si eres capaz de percibir las consecuencias kármicas que vas a sembrar en tu alma.

Richard aguzó el oído y se mantuvo expectante.

—Los que toman la decisión errónea de quitarse la vida a modo de solución, y que por muy buenas personas que sean, que sepas que van directamente a la oscuridad del bajo astral, a purgar por dicho acto —le explicó ella, mirándolo con una expresión severa—. Te puedo asegurar que desearás en cada instante volver al mundo terrenal, pero entonces será tarde, y el sin vivir continuo rodeado de frialdad y de entidades negativas se convertirá en tu peor pesadilla. —Se interrumpió un momento para luego añadir afablemente—: ¿Acaso ya has olvidado que Dios creó tu alma, y que ella se ha ido y ha vuelto a la escuela Tierra, desde hace centurias de vidas... Y tú que eres un hombre de Dios en mayúscula? ¿Quieres cortar y no respetar el proceso evolutivo de la rueda kármica, eh?

Richard parpadeó con expresión meditabunda. Finalmente, y con cierta preocupación en el rostro, dijo:

—¿Entonces, quieres decir que, malvivir en la Tierra es mil veces mejor, comparado con lo que les espera a los que se suicidan?

—Sin lugar a dudas —afirmó Nicole con un lento movimiento de cabeza.

Esta vez, Richard, tras percibir la importancia de dichas palabras, se llevó la mano a la coronilla, y permaneció en un silencio reflexivo.

—La Tierra es un paraíso, tanto para ricos como para pobres, si se compara con el bajo astral —continuó ella—. En tan tenebroso lugar, el sufrimiento no cesa en ningún momento...

Richard hizo una mueca temerosa, tras tomar conciencia y volvió a reflexionar al respecto.

—¿Has comprendido por fin el significado de mis palabras, Richard? —le preguntó ella mirándolo fijamente a los ojos—. ¿O no te han servido para nada?

—Por supuesto que sí —se apresuró a convenir muy serio, con expresión pensativa.

Se produjo un leve silencio.

—Ahora te veo más positivo que antes respecto a tus intenciones suicidas... —comentó Nicole.

—Sí y te agradezco que hayas venido a la tercera dimensión para advertirme que es peor el remedio que la enfermedad, por decirlo de alguna manera.

Hubo un largo silencio cargado de reflexión. «Así me gusta, por fin ha recapacitado Richard», se dijo Nicole.

—Bueno, cambiando de tema, tengo que decirte que como eres creyente, deberías albergar con más decisión en tu conciencia la fe, la voluntad, y la esperanza en Dios —le aconsejó ella—. Debes seguir viviendo y- afrontando el sufrimiento conscientemente... —Se interrumpió para reflexionar unos instantes. Luego le sugirió—: Tu mayor intención y empeño, pase lo que pase, debe ser el de perfeccionar el alma para que cada día que pase, evoluciones sin descanso, escalando el sendero de la Luz. ¿Entiendes lo que intento decirte?

Richard terminó moviendo la cabeza pensativamente. Luego inquirió:

—Es de agradecer toda tu ayuda y consejos, pero tengo curiosidad por saber, ¿cómo has venido a mí, estando al otro lado? —Pedí una dispensación a la Junta Kármica y se me concedió, después de que estudiaran tu caso, claro... —repuso ella.

—¿Qué caso? —quiso saber él.

—No se trata solo del estado anímico en el que estabas sumido, sino también el de evaluar el aura, el cuerpo causal de tu alma y el cinturón electrónico —le explicó ella.

—Lo del aura lo comprendo, pero lo del cuerpo causal y lo del cinturón electrónico, no.

—En dicho cuerpo causal está todo lo bueno y positivo que hayas cosechado desde tu primera reencarnación... —hizo una pausa y continuó—. Y en lo que se refiere al cinturón electrónico, en él, se hayan las imperfecciones o maldades negativas... En resumidas cuentas, la Junta Kármica vio en ti un alma grande. Por esa razón estoy aquí, para ayudarte, de lo contrario, no me hubiesen permitido volver a la Tierra.

—Ya comprendo —dijo él más animado, y con una expresión expectante le preguntó—: ¿Y en qué lugar vives ahora, en el cielo?

—Vivo en una morada etérica celestial —repuso ella—, porque mi alma ha pasado por el proceso del Ritual de la Ascensión.

Él permaneció unos instantes pensativo. Luego preguntó:

—Comprendo, ¿pero de qué trata dicho ritual...?

—Se trata de ascender el alma con Dios y vivir eternamente en dimensiones superiores donde la felicidad es plena y no efímera, como ocurre aquí en la Tierra.

Richard sacudió la cabeza. Luego dijo:

—Ya, pero yo, como bien sabes, pensaba que volverías a reencarnarte y que posiblemente nos volveríamos a ver en esta o en otra vida...

—No. La rueda de mi destino en la Tierra ha llegado a su fin —le aseguró—. Mi alma se ha liberado definitivamente de los ciclos de nacimientos y muertes.

Richard se quedó pensativo y la miró con expresión dubitativa, como albergando un resquicio de esperanza.

—Bueno..., ya..., pero suponte que reencarnaras, ¿volveríamos a vernos de nuevo?

—No sé si en ese supuesto caso nos volveríamos a ver o no, porque el alma tiene que cumplir con su Plan Divino y también volver a reencontrarse con aquellas personas que en vidas

anteriores generó karma negativo —aclaró ella—. Por consiguiente, se puede nacer en otra ciudad o nación.

—Comprendo, pero entonces, ¿ahora qué será de mí, Nicole? —se preguntó con semblante serio.

—No pienses en eso... —le dijo ella y, tras un breve silencio, le prometió—: Yo te esperaré como alma compañera que hemos sido en la Tierra. Sí, te esperaré hasta que tu alma ascienda con Dios. No obstante, ignoro cuándo sucederá porque eso depende de tu evolución espiritual.

Richard sonrió por primera vez al percibir en sus palabras un camino esperanzador.

—Ya sé que hemos sido almas compañeras —dijo Richard y, mirándola con expresión interrogativa, le inquirió—: ¿Pero tú, a todo esto, ya tienes alma gemela en el cielo o soy yo el que está por llegar?

Ella movió la cabeza negativamente y contestó en un tono evasivo:

—A esa respuesta no puedo responder con un sí o con un no.

Richard hizo una mueca. Luego se encogió de hombros. —Bueno, al fin y al cabo, que sea lo que Dios quiera, no obstante, me resulta tan difícil que yo, en esta vida y ante tales circunstancias desfavorables, logre transmutar tanto karma con el fin de purificarme y llegar hasta ti... Celestialmente quiero decir...

—No hay nada que lo impida y menos si te lo propones firmemente, no lo olvides —lo interrumpió ella, y de inmediato le infundió animosidad—. Sin embargo, debo aclarar y creo que, en lo que dices de dichas circunstancias desfavorables, es todo lo contrario, porque al estar más despierto y consciente el alma evoluciona más rápido, siempre que no te dejes llevar por el Yo Inferior Externo, claro.

Richard asintió y se quedó un momento pensativo. Luego comentó:

—Te entiendo, sin embargo, aun así tengo mis dudas en lo que se refiere a lograr en esta vida tan elevada evolución.

«Según palabras de mi Maestro —pensaba Nicole—, Richard, si se lo propusiera, y tomara decisiones correctas a través del Yo

Superior Interno, y si fuera capaz, que de hecho tiene madera espiritual para ello, en que cada palabra, obra, pensamiento y sentimiento que brotara de las entrañas de su puro corazón y conciencia, solo entonces, podría llegar a transmutar el cien por cien del karma y pasar por el Ritual de la Ascensión con su cuerpo físico. Ya que para ascender con el cuerpo etérico tras la llamada muerte, tan solo se requiere saldar un cincuenta y uno por ciento del karma».

—Tú puedes llegar más lejos que yo —dijo por fin ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello?

—Porque así me lo hicieron saber mi Maestro y los Señores del Karma.

Richard se quedó pensativo unos instantes.

—En ese caso te creo y más viniendo de ti.

Tras una pausa y con semblante sonriente, ella le preguntó: —¿Entonces qué, ya te lo has pensado mejor o sigues queriéndote suicidar, eh?

Richard movió la cabeza negativamente.

—No, en este momento ya no, porque tras verte, hablar contigo y haberme aconsejado tan divinamente, soy otro... Ahora es como si ya me hubiese ido de este mundo y supiera de antemano que había cometido un grave error.

—Sin duda alguna —dijo ella enfáticamente.

Ambos se miraron sonrientes.

—A partir de hoy quiero conquistar el Ritual de la Ascensión, llegar a los brazos de Dios y reunirme con mi alma gemela... —dijo con firmeza.

—Pues eso está en tus manos, Richard.

—Sin duda —dijo él moviendo la cabeza reflexivamente tras mirarla de manera intensa—. Pero, al margen de lo que estamos hablando, tengo un presentimiento que no se me va de la cabeza...

Ella sabía de antemano a qué se refería, pero fingió ignorarlo.

—¿A cuál te refieres?

—Es que creo, y no dejo de pensar en esa hipotética posibilidad, que tú, por lógica, debes ser mi media naranja,

¿estoy en lo cierto, Nicole? —le preguntó finalmente, al tiempo que clavaba su mirada en los ojos de esta.

Ella esbozó una sonrisa y se encogió de hombros. «Debo ser precavida en este asunto», pensó Nicole.

—No todas las parejas o matrimonios son almas gemelas, no obstante, si crees que lo somos, puede que te lleves un chasco, después de que lo logres, si es que consigues pasar por el Ritual de la Ascensión, claro.

—¿Tantas sorpresas da la vida entre dos personas que tan unidas han estado? —se preguntó Richard, esta vez con cierta desilusión.

—Las sorpresas, a veces, tienen más de dos caras —repuso ella tras dirigirle una mirada enigmática—. No olvides, y sin entrar en comparaciones, que Dios es Cristo, también Padre/Madre y a la vez la Divina Trinidad. Es decir, a veces pueden ser dos personas, pero también tres... Richard hizo una mueca.

—Bueno, no sé qué decir ni qué pensar, dada tu filosófica ambigüedad al respecto.

—Bien, pues en ese caso, olvidémonos del tema y comienza a sembrar la Luz —le sugirió.

—Ya..., lo intentaré —dijo él, con un hilo de voz—. Pero comprendeme, me resulta difícil en el estado anímico que me encuentro, Nicole.

—Tú deja de atormentarte y verás cómo la vida te parecerá más positiva.

—No sé, pero me resulta difícil —repitió él, con una expresión de amargura en su rostro—. Me faltan fuerzas y ganas para seguir viviendo. Sólo de pensar la vida que llevo y lo que me queda que pasar me azora el alma. —Se interrumpió un instante y añadió con una expresión de auténtica preocupación—: Por no tener, no tengo un hogar donde dormir, ni ducha, ni retrete y encima sin un puto dólar...

Se produjo otra pausa de pensativo silencio.

—A pesar de lo duro que resulta soportar todo ello, no te dejes llevar por el Yo Inferior Externo —le aconsejó ella y, tras permanecer pensativa unos instantes dijo—: Te entiendo perfectamente, porque yo también he pasado por caminos

terrestres de lo más escarpados tras mis reencarnaciones, pero no te castigues más de lo necesario.

Hubo un silencio en el que Richard meditó unos momentos. Luego comentó:

—No sé, por un lado te comprendo, pero por el otro y con los pies en el suelo, me veo inmerso en un porvenir oscuro... y más en poder progresar espiritualmente.

Se produjo otro silencio.

—Tú puedes sobreponerte ante todas las adversidades —continuó ella dándole ánimos—. Mira hacia atrás y verás un sinfín de personas descarriladas, vagabundeando sin rumbo por un mundo sin sentido...

—Porque han tocado fondo, como yo, ¿no es cierto?

—No me malinterpretes, ni pienses crueldad en mis palabras —dijo ella de antemano—. No te compares con la mayoría de esas almas defectuosas, que están en un nivel por debajo del umbral de retorno a la normalidad, por no decir de la realidad...

—Se interrumpió unos instantes para luego añadir—: La mayoría ha perdido el norte, sus cerebros están averiados, no funcionan correctamente, y sus almas vagan en pena.

—¿Y yo, en qué nivel me encuentro? —preguntó Richard con expresión expectante.

—Tú estás a ras de la línea crítica del umbral —repuso ella—, y de no sobreelevarte ante dicha línea, en poco tiempo puedes llegar a perder la realidad.

—¿A qué consecuencias de la realidad te refieres...? —quiso saber Richard con cierto aire de preocupación.

—Pues a que caigas en el abismo perturbador, sin retorno a tener conciencia de la normalidad de este mundo —respondió ella—. Imagínate, a modo de ejemplo, que al capitán de un barco se le estropee la brújula, ¿cuál crees tú que sería la deducción más lógica al respecto, eh?

Richard reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Pues la confusión del capitán y la pérdida de orientación de la embarcación.

—Exacto, has hecho diana en pocas palabras.

—En fin, ¿qué debo hacer para superarme y alejarme de la línea crítica del umbral? —repitió Richard con expresión interrogativa.

—Simplemente, déjate llevar y escucha a tu corazón y que tu conciencia se vaya elevando en busca de la Luz- —respondió Nicole.

—Ya..., ¿pero cómo, de qué manera? —inquirió Richard, esta vez más esperanzado en beber de la sed espiritual.

Nicole permaneció en silencio unos instantes. Luego le sugirió:

—De ahora en adelante debes seguir decretando, ayudar a los pobres dentro de tus posibilidades, y amar al prójimo, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color. Que cada decisión que tomes sea lo más correcta posible, para cada solución. También debes sembrar y adquirir las siguientes virtudes, es decir, tus palabras, pensamientos, sentimientos y actos deben llegar a rozar la Perfección Divina. Si así lo hicieras a lo largo de esta vida, tu identidad Divina se unirá para siempre en el Reino de los Cielos.

—Estoy dispuesto a todo ello, pero tengo que decir que el camino no es de rosas, sino espinoso y sacrificado, ¿no es cierto, Nicole?

—Muy cierto —convino ella—: No te canses en ningún momento por duro que te resulte caminar por el sendero de la Luz, de lo contrario puedes llegar a desorientarte y perderte en las tinieblas terrenales.

Así se hará, Nicole —le dijo más animadamente y esperanzado y al momento, con ciertas dudas, pregunto:

—¿Creo que eres mi Maestra, verdad?

Ella negó con la cabeza tras aclararse la garganta. «Con tanta indagación me va a meter en un compromiso», pensó ella. —¿Entonces, quién es mi Maestro y cómo se llama? —quiso saber él.

—No es un Maestro —le corrigió ella y después le informó—: Tu alma, mientras duermes, está siendo instruida a nivel etérico por una Maestra Ascendida, llamada Charenis...

—Que enigmático suena todo ello —musitó Richard, tras fruncir el ceño. Ella sonrió.

—Más enigmático te parecerá si te digo que te espera una sorpresa que deberás relacionar con este momento...

—¿Y de qué va dicha sorpresa, si se puede saber...? —se apresuró a decir él, enarcando una ceja con expresión expectante—.

Me encantan las sorpresas y más si son intrigantes.

Ella lo miró con expresión intrigante:

—Sólo te puedo decir que es camaleónica, de índole espiritual. Pero, por favor, no insistas en averiguarlo ahora, ¿de acuerdo? Richard se encogió de hombros, y movió la cabeza resignadamente en un lento gesto de asentimiento.

—Tanto aquí en la Tierra, como arriba en el cielo, todo llega —prosiguió Nicole con voz queda—, por lo tanto es mejor que cuando llegues arriba lo averigües.

Richard meditó unos momentos. Luego hizo una mueca y volvió a encogerse de hombros.

—El problema es si llegaré algún día al cielo...

—Como acabo de decirte, todo llega más pronto o más tarde... —repuso Nicole y, tras mirarlo seriamente, añadió—: Y por favor no alimentes dudas. Nunca más te autolimites.

Richard asintió de nuevo, y se cruzó de brazos. Luego siguió un silencio y se limitó a reflexionar sobre todo lo dicho.

—Bien, hermano Richard, espero que mis palabras y consejos te sirvan de alimento espiritual —dijo Nicole con una sonrisa en los labios. Luego le dio un beso en la frente y le recordó—: Cuando necesites hablar con tu Maestra Charenis invócala elevando el tono de voz, y ella acudirá a ti... —Hizo una pausa y concluyó—: Yo ahora me marcho, esperan de mis servicios en la cuarta y quinta dimensión... Ya no me verás más, salvo y hasta el día que asciendas al Paraíso Celestial, si es que lo logras en esta vida...

—¡Sí, lo lograré, lo juro por Dios...! —se apresuró a decir con firmeza y convicción, tras ver como se desvanecía y desaparecía el cuerpo sutil de luz de Nicole. Finalmente sacudió la cabeza y exclamó con expresión azorada:

—¡Por Dios, todavía tengo dudas que preguntarte, no te vayas todavía, Nicole...! ¡Vuelve, por el amor de Dios...!

Se produjo un incómodo y largo silencio. Richard lanzó varios suspiros que aliviaron su pena. Al instante le dio por invocar varias veces y en voz alta el nombre de la Maestra Charenis: —¡Maestra Charenis, te necesito...! ¡Maestra Charenis, te invoco desde lo más hondo de mi corazón...!

Momentos después, sonó una voz aguda y aterciopelada.

—Soy la Maestra Charenis y acudo a ti porque es de Dios bajar y socorrerte espiritualmente —le dijo en un tono reposado, la Maestra Ascendida.

Richard observaba atónitamente el espectro difuminado de la Maestra que, en cuestión de segundos, se iba materializando progresivamente, entre el fulgor, en la figura humana de una bella mujer ataviada con una túnica blanca, de luz, sin costuras. La Maestra Charenis parecía tener unos treinta años, de enigmática belleza, delgada, de estatura media, pelo largo y dorado, y ojos de un azul similar al zafiro.

—Yo soy tu Maestra, hermano Richard, y te amo intensamente —le dijo en tono afectuoso, al tiempo que de lo más profundo de su corazón se manifestaron tres profundos suspiros. Luego añadió—: Fui designada por la Junta Kármica para instruirte en el camino de la Luz.

Richard permaneció en silencio, pero sin dejar de mirarla. —Bien, de ahora en adelante, debes saber que soy tu Maestra y tú mi discípulo, ¿entendido, hermano?

—Por supuesto, Maestra Charenis —dijo Richard apenas con un ápice de voz, mientras se quedaba estupefacto observando su aura de luz multicolor.

—Y por último decirte que me tendrás a tu lado en el momento que las circunstancias lo requieran, no obstante, te observaré sin que percibas mi presencia. En resumidas cuentas seré tu guía en el caminar espiritual, te aconsejaré, pero no puedo ni debo interferir en ciertas cuestiones de tu libre albedrío, ¿de acuerdo?

Richard asintió pensativamente. Finalmente preguntó:

—¿Alguna cosa más que deba saber, Maestra?

La Maestra Charenis, permaneció en silencio unos instantes. Luego respondió con voz queda:

—Sí. No dejes que las adversidades te venzan, ni que tu conducta sea cuestionada espiritualmente. Tus decisiones y aptitudes deben ser lo más correctas que se puedan... Mantén con determinación tu mente en las palabras “autocontrol” y “autocorrección”, es decir, debes rozar la divinidad en cada una de tus palabras, en el pensar, en el sentir y en el obrar, de lo contrario, por duras que resulten mis palabras, me alejaré de ti y de la tercera dimensión. ¿Ha quedado claro, hermano?

Richard asintió de nuevo en silencio.

—Abrazame hermano —le pidió la Maestra Charenis—, pues ahora debo marcharme.

Richard la abrazó y tuvo la sensación de abrazar una peculiar y extraña energía, de consistencia comprimida, totalmente sutil. Finalmente se dieron un beso en las mejillas.

La Maestra Charenis movió las manos y se despidió, unos segundos después su cuerpo de luz desaparecía.

Richard permaneció taciturno unos instantes. «Por fin Dios ha querido salvarme de la desgracia que iba a ocurrir —pensaba—, las manifestaciones de la Maestra Nicole y de mi Maestra Charenis, han sido para mi alma un bálsamo de luz esperanzador».

